

DILMA ROUSSEFF

El fin de la pobreza es solo un comienzo

Presidenta, un placer poder conversar con usted y reiterarle nuestro apoyo, nuestro compromiso de siempre con la democracia en Brasil, nuestro repudio al golpe parlamentario, que no solo fue contra usted y el Partido de los Trabajadores sino que fue contra el Brasil de la distribución y de la generación de oportunidades para todos.

El placer es mío. Estamos viviendo un momento especial en América Latina, con una onda neoliberal que se apodera del continente. Pero, al mismo tiempo, vemos que este continente tiene muchos soportes para resistir. Y tiene soportes porque

Dilma Rousseff (Belo Horizonte, Brasil, 1947). Economista, en 2010 fue electa presidenta del Brasil con el 56% de los votos en segunda vuelta. Su gobierno fue interrumpido en 2015 cuando el Senado abrió un proceso de destitución en su contra. Entre 2005 y 2010 fue jefa de Gabinete de Lula y, anteriormente, ministra de Minas y Energía. En 1970 fue detenida y torturada. En 2001 ingresó al PT, luego de romper con el PDT (Partido Democrático Laborista).

aprendimos que es posible distribuir la riqueza y al mismo tiempo crecer, hacer que la economía genere empleo.

Usted estuvo recorriendo hace unos días varias universidades de los Estados Unidos. ¿Cómo ve el proceso norteamericano con esa mirada xenófoba del gobierno de Donald Trump?

Creo que es muy importante mirar hacia Estados Unidos, porque ellos representan de una forma más radicalizada las tendencias económicas, sociales y políticas que emergen de un determinado modelo neoliberal. Un modelo en donde el financiamiento pasa a ser la característica económica principal de esta nueva etapa de desarrollo del capitalismo. Tenés un proceso de financiación que transforma al sector financiero en el hegemónico, por sobre las actividades productivas que siempre necesitaron de las finanzas. Es decir, dejando a un lado a aquellos sectores que fomentarían el desarrollo económico a través del producto y el servicio. Y al mismo tiempo generarían empleos, mejorarían rentas, crearían una perspectiva de movilidad social. Hoy el sector financiero subordina todos los aspectos de la actividad económica, de tal forma que no existe un proceso a largo plazo, sino uno a corto plazo. Tenés que dar lucro y resultado, cuatrimestral, trimestral, para redistribuir al accionista, que es el rey de ese proceso, y retribuir también al alto gerenciamiento que circula por todas las empresas.

Entonces vas a tener desigualdad en los Estados Unidos. Vas a tener un proceso generalizado en el que los gobiernos pasan a desatender a las personas. Entonces una parte de la población blanca, asalariada, americana, un conjunto de trabajadores, pierden completamente la esperanza y la confianza en la política. Y ahí se da la despolitización, y surgen los “salvadores de la Patria”. Ese es el caso de Estados Unidos y, al mismo tiempo, ellos crean estigmas, crean enemigos que serán chivos expiatorios de ese proceso. No se refie-

ren a la financiación pero hablan de construir un muro para impedir que los mexicanos, y los latinoamericanos en general, entren a ese país. Como si fuesen los latinoamericanos los responsables de la concentración de riqueza más brutal de todos los tiempos.

Es ese sector financiero que jaquea a nuestras economías, que pregonan democracias de baja intensidad y que también jugó un papel en el golpe parlamentario en Brasil. Más los medios concentrados de comunicación. ¿Por qué a los gobiernos populares les ha costado tanto dar pasos concretos hacia la regulación del sector financiero, inclusive hacia la democratización, y también para regular a los medios de comunicación?

Creo que se debe a que, tanto los sectores financieros como los medios de comunicación de mayor alcance, en realidad oligopolios, poseen gran influencia en los distintos parlamentos. Entonces, ¿qué es lo que sucede? En Brasil, por ejemplo, hay una especie de captura de conciencia. De la capacidad productiva de conocimiento y de la apreciación sobre la realidad, y es ahí cuando se proponen fórmulas del estilo: “El mercado tiene siempre la razón”. Si un mercado fuese apenas incomodado, ese país lo va a sufrir y no va a tener capacidad para desarrollarse.

En Brasil es todavía más grave. A lo largo de la historia de la economía brasileña, el financiamiento ha sido socio del aumento de la deuda pública. Por eso Brasil tiene las mayores tasas de interés. Cuando yo bajé la tasa de interés fue la primera vez que se producía una baja. En realidad, no fui yo quien la bajó. Fue mi gobierno, a través de las políticas del Banco Central. De hecho, no había ninguna razón para que en Brasil se cobraran intereses absurdos, a no ser por la especulación. Y existe una simbiosis de los medios con los sectores financieros que sustentan la agenda de los políticos conservadores. Ahora también considero que, de cierta forma, tuvimos

una visión incompleta de ese proceso. No alcanza solamente con regular los medios, y tampoco alcanza con discutir la cuestión del financiamiento: es fundamental hacer ambas cosas. Tenemos que entender cómo se articulan, cómo se complementan y cómo reaccionan en conjunto respecto de la situación política. Y todo esto convierte, como usted dijo muy bien, a la democracia en un proceso de baja intensidad. Porque a ellos no les interesa que la sociedad tenga una mirada crítica, que se pregunte por ejemplo: ¿Por qué pagar tasas de interés tan altas? ¿Por qué aceptar que los salarios están estancados y el trabajo precarizado?

Hay que generar un nuevo sentido común para que la sociedad pueda comprender las nuevas transformaciones...

Hay que generar un sentido común para que la sociedad pueda comprenderlo. Perfecto, estoy totalmente de acuerdo con esa síntesis. Creo que ese sentido común pasa también por captar los aspectos más relevantes de ese proceso. Voy a decirle uno: ¿Cómo es que se da el achicamiento del Estado? La búsqueda del Estado mínimo se da por la demonización del pago de impuestos. Mientras se aumentan impuestos sobre los trabajadores y la clase media, se deja de recaudar impuestos, o se les reduce mucho, a los grandes capitales. Dejan de tributar por los dividendos, en todo el mundo se reducen las tarifas, las alícuotas de impuestos. Se puede ver la propuesta de reducción de impuestos hecha por la administración Trump. ¿Por qué hacen eso? Porque esa es la forma de debilitar al Estado, que es visto como algo que no puede ser financiado y que solo debe ocuparse de cobrarles los impuestos a los trabajadores y la clase media. Ellos no pagan impuestos pero al mismo tiempo disfrutan de todos sus beneficios: la estabilidad, que se garanticen las investigaciones científicas y tecnológicas, que funcione toda una red y una infraestructura logística como puertos, aeropuertos, autopistas. Este proceso de debilitamiento de los Estados tiene que ver con una distorsión prin-

cialmente orquestada por los medios: que se paga mucho de impuestos, que el Estado hace las cosas mal, que la iniciativa privada es buena. Por este proceso es por el que está pasando hoy nuestra región.

Ahora, América Latina vivió un proceso de distribución de la riqueza, de generación de oportunidades, Brasil es el paradigma quizás más acabado de políticas sociales estatales muy fuertes. Pero parece también que les cuesta a las fuerzas progresistas, nacionales y populares, reinterpretar las nuevas demandas de los sectores populares que se transforman en sectores medios. ¿Puede ser que al progresismo le cueste generar una agenda que logre interpelar a estos sectores que obtuvieron derechos económicos a partir de las buenas políticas públicas?

Creo que cuando cambia la realidad, estamos obligados a cambiar con ella. Especialmente nosotros, porque sabemos que cambiamos la realidad, incorporando mucho ascenso social de sectores que estaban al margen del desarrollo económico. Sabemos que, el fin de la miseria, de la pobreza, es solo un comienzo. Porque las personas comienzan a demandar mejor calidad en los servicios, comienzan a tener otras prioridades. Lo que se observa es un bajo grado de comprensión de todos esos sectores que ascendieron en América Latina respecto de ese proceso. Todavía no tienen un nivel de comprensión muy crítico. No saben a qué atribuirle el mérito. Hice varias investigaciones sobre el cambio en la vida de las personas. Cambios que van desde el acceso a la educación: “El primero de la familia que llegó a la educación universitaria”; el acceso a los servicios médicos: “Me enfermé y fui atendida”; el hecho de tener protección social para aquellos que ganan un salario mínimo. En fin, todas las oportunidades que se abrieron. ¿Y cuál fue la comprensión sobre estos temas? Las personas se atribuyeron esas conquistas a sí mismos. Por un lado, eso es bueno, porque muestra una autoestima que es muy importante para

una nación. Pero, por otro, se dejan de lado factores que son relevantes y se pone en evidencia una cierta despolitización del proceso.

Ahí podemos anotar el desafío de la reforma cultural pendiente de nuestras sociedades...

Creo que ahí existe otro desafío, y es el de comprender que no alcanza con ser parte del gobierno. Hay que entender que el gobierno tiene que tener partidos, movimientos, sectores que no piensen literalmente igual. Y todos tienen que actuar como una especie de mecanismo de concientización de la sociedad.

El golpe en Brasil fue para reducir derechos. Vimos la política de Temer de congelar la inversión social y educativa por los próximos veinte años con un fuerte componente de discriminación de género.

El golpe tiene un fuerte componente de discriminación de género y de la cuestión racial. En Brasil no existe forma de llevar adelante un proceso de inclusión si no pones en la mira la cuestión de género y los preconceptos raciales. ¿Por qué? Porque fuimos el último país que salió de la esclavitud, recién a finales del siglo XIX. Pasamos así todo el siglo XIX, que es el siglo de las transformaciones democráticas, y nosotros con una elite que defendía la esclavitud y que salió de mala gana de ese sistema. Ahora bien, esa cultura de la esclavitud implicaba una profunda exclusión económico-social y una cultura de privilegios. No se trataba solamente de que eras excluido, sino que no tenías derecho a llegar a la universidad, no tenías derecho a viajar en avión, no tenías derecho a sentarte en una silla, como les hacían a las empleadas domésticas. Esa cultura que reúne exclusión y privilegio es muy fuerte. Entonces, para nosotros, cuando tratas cuestiones como la distribución de ingresos y la reducción de la desigualdad, tienes que tratar necesariamente la cuestión de la mujer y de la raza negra. Somos el país con más población de raza negra fuera

de África. Y ahí nace una fase de la pobreza: el sector más vulnerable de la pobreza son las mujeres negras. No es que los hombres no sufran todo esto. De hecho, el sector con mayor nivel de mortalidad es el del hombre negro, el joven negro. Es una situación muy grave en Brasil. El gobierno de Temer es indudablemente un gobierno de hombres viejos y, sobre todo, blancos. No tiene ningún compromiso con los avances sociales. O sea que se trata de un gobierno anti LGBT, anti movimiento de mujeres, anti movimientos de negros. Es una realidad que lo atraviesa.

¿Que un hombre gris y mediocre como Temer sea presidente a partir de un golpe parlamentario, puede vincularse con que el Partido de los Trabajadores no haya logrado transformar el sistema de partidos políticos del Brasil?

Una de las características de Brasil es que siempre las elecciones proporcionales son extremadamente conservadoras debido a que el filtro mediático y financiero de la oligarquía es muy fuerte en este tipo de elecciones. En las elecciones generales, la nacional y las subregionales, se consigue saltar el bloqueo mediático, perforar el bloqueo de la oligarquía y así obtener un proceso más democrático. Por esto las elecciones centrales son más progresistas que las parlamentarias. Y esto llevó a una forma de constitución del sistema político.

Otro dato es que salimos de la dictadura con un centro democrático suficientemente progresista como para ser considerado de centro-izquierda, que junto a sectores progresistas de extrema izquierda participaron de la reconstitución de Brasil. Con el correr del tiempo ese centro comenzó a fragmentarse y las leyes electorales permitieron esa fragmentación. ¿Por qué? Porque el Supremo Tribunal federal derogó la cláusula de barrera, que definía cuántos votos eran necesarios para que un partido consiguiera bancas parlamentarias, cómo sería la representación por estados, etcétera. Cuando el Tribunal Supremo tomó esta decisión,

el centro democrático comenzó a cambiar aceleradamente. A partir del final del gobierno de Lula, en Brasil surge una extrema derecha que hegemoniza el centro. No surge por fuera del centro democrático, sino dentro del mismo. Y ese centro democrático pasa a ser hegemonizado por el grupo de Eduardo Cunha, al que está ligado Temer, a pesar de que él intenta decir que no tienen relación. Ahora vamos a tener que reconstruir un centro.

¿Cuánto pesó en el golpe parlamentario el avance de tu gobierno en la lucha contra la corrupción, que había corroído también a parte del Partido los Trabajadores?

Yo creo que la primera gran iniciativa en la lucha contra la corrupción fue del gobierno de Lula, que pasó a elegir al procurador general más votado de una lista triple, es decir, a través de un proceso democrático. Muchas personas dicen que eso fue una actitud sindical de nuestra parte, que no deberíamos haberlo hecho porque era necesario tener peso y contrapeso en la procuraduría, que ya era extremadamente autónoma con relación al Estado brasileño. Pero lo hicimos. Todos los procuradores de Brasil fueron elegidos a partir de una lista triple, votada por cada uno de los concursados a procuradores. ¿Por qué hizo eso? Porque antes de eso el procurador era llamado archivador general de la República. Porque nunca investigaba ninguna causa de corrupción notoria, por ejemplo, la compra de votos en las elecciones presidenciales. Durante mi gestión creé dos mecanismos. Primero, una ley de transparencia que coloca en un portal de internet todas las acciones del gobierno y, segundo, una ley para combatir a las organizaciones criminales, la de acusación premiada y castigo a los corruptores. Lo que pasa es que en estos procesos institucionales hay una gran posibilidad de usar la lucha contra la corrupción, no como una herramienta para estabilizar la democracia, sino para convertirla en un medio de lucha político-ideológica, en un arma. Por otra parte, la

teoría de *Lawfare*, sobre el uso de la ley como instrumento de guerra, evidencia que la misma tiene capacidad de convertirse en un instrumento contra los adversarios. Porque si los criminalizas y desmoralizas, entonces los acorralas y les quitas la integridad para luchar. En Brasil están usando la ley como instrumento de guerra: no es correcto que un juez hable fuera del estrado, no es correcto que fraternice con quien está juzgando. Y mucho menos correcto es transformar los medios de comunicación en jueces, porque de esa forma se está volviendo a la Edad Media.

La sociedad brasileña empieza a poner en perspectiva los logros de su gobierno y los de Lula. En las encuestas, Lula incluso encabeza la primera y la segunda vuelta, lo que le permitiría volver a ser presidente. Pero uno imagina que el golpe parlamentario tiene una segunda etapa que es el intento de proscripción de Lula del proceso electoral. ¿Es una posibilidad real?

¿Conoces la frase “la historia se repite, primero como tragedia, después como farsa”? El segundo golpe en Brasil es una alteración de las reglas del juego en medio del juego. En la democracia eso es inadmisibile. La población brasileña ahora comprende la masiva y perversa campaña de difamación contra Lula, que alcanzó los límites del absurdo y la mentira, y comienza a deconstruir observando quién está impulsando que Lula sea juzgado y condenado, y que por detrás de ese juicio y esa condena quieren continuar quitándoles más derechos. Considero que esa es la razón por la cual las encuestas muestran que Lula gana en primera y segunda vuelta. Pero también muestra algo bastante preocupante: el ascenso de la extrema derecha. Porque el segundo lugar en esa misma encuesta lo ocupa Jair Bolsonaro, que durante el *impeachment* dedicó su voto a la dictadura militar, a la tortura y al torturador. Este es un problema muy grande en Brasil.

Todos sentimos vergüenza al escuchar la justificación de ese voto en el impeachment. Después de todo lo que sufrió América Latina, nos costaba creer el nivel de impunidad con la que un parlamentario se podía expresar a favor de quien la torturó a usted cuando estuvo presa en la dictadura...

Y a favor de una dictadura militar que mató, que torturó, que mandó al exilio a millones de personas. Pero yo creo que la característica más importante que todavía queda en sectores de la sociedad brasileña es el crecimiento de la intolerancia, la percepción de una política hecha con odio. Esa política necesita y exige procesos democráticos para que no tenga la excusa de no haber pasado por el filtro popular. Entonces tenemos que tener votación directa para presidente de la república, porque de lo contrario, Brasil no se unirá, justamente porque esos sectores intolerantes impedirán que eso ocurra.

¿Se arrepiente de alguna medida de gobierno de su gestión?

De alguna me arrepiento, sí. Hay una que considero importante divulgar porque muestra la lógica que se vive hoy dentro de los sectores económicos. La tomamos cuando comenzaba la crisis, en 2008-2009, aunque a nosotros –como al resto de América Latina, como a China– no nos alcanzó inmediatamente. Para contenerla implementamos una política anticíclica. Para evitar que haya reducción de empleo, resolvimos asegurarles a los empresarios que tendrían más margen para invertir. Para eso, redujimos significativamente sus impuestos. Sin embargo, esa medida no dio resultados, ya que el aumento de la capacidad de producción solo generó un aumento en el margen de ganancia de los empresarios. Es decir, no solo no obtuvimos nuevos puestos de trabajo ni expansión de la capacidad productiva, sino que debilitamos la recaudación fiscal del gobierno. Esto fue muy negativo, ya que Brasil no tiene problemas de debilidad externa: en ese período acumulamos 380 mil millones de dólares en reservas. Entonces, por ese lado no teníamos ninguna posibilidad de crisis, por otro lado,

tenemos una deuda pública íntegramente en reales: un colchón inmenso que nos da liquidez. Entonces, cuando debilitamos nuestro sector fiscal, nos equivocamos.

¿Qué influencia tuvo su padre, inmigrante, militante del Partido Comunista búlgaro, en su formación política?

Mi padre era aquel tipo de militante político de los años treinta, cuarenta, cincuenta, que tenía una formación cultural muy fuerte. Él simplemente me estimuló a leer, a ver ópera. De joven fui al Teatro Colón, porque él creía que ahí se daba la mejor ópera, que tenía un nivel europeo y, a veces, mejor que el europeo. Él me transmitió esos valores y, también, uno fundamental: entender que su pueblo, su país y, principalmente, los más pobres, son los que importan. Mi padre hasta exageraba un poco diciendo que el dinero no importaba, que la situación del pueblo era lo que importaba. Que nunca puedes estar conforme frente a las necesidades que atraviesa tu país. Fue una influencia muy fuerte en mi vida, y que me llevó a la militancia.

En su juventud, la militancia la llevó a la cárcel, a la tortura, y luego, al ingresar a puestos clave de la política, tuvo que pelear con una sociedad machista, atravesó su cáncer en plena gestión pública y ahora se recupera de este golpe parlamentario. Dilma, ¿de dónde saca fuerzas para esta lucha, en este momento de avance de las fuerzas conservadoras, para recorrer Brasil y América Latina con un mensaje de esperanza?

Creo que todas las personas sacan fuerzas del mismo lugar, de algún sentimiento. Uno muy fuerte es contra la injusticia. El otro que considero que nos estimula es que pienso que las personas tienen derecho real a la igualdad de oportunidades. Todos somos diferentes, pero la igualdad de oportunidades transforma la vida de las personas, las acerca a un mundo que no conocen. Una de las cosas que más me conmueven

es cuando dicen que en Brasil el 37 por ciento de las familias tuvo por primera vez un integrante que llegó a la universidad. O sea, si bien es ridículo que esto recién pase en la segunda década del siglo XXI, creo que la gente tiene que tener fuerza por eso. Y también porque soy una persona que tiene una esperanza infinita.

¿Qué es ser de izquierda a esta altura del siglo XXI?

Recientemente leí un libro francés que discutía qué es ser de izquierda. Había varias personas opinando, y una de ellas lo sintetizó bien: “Ser de izquierda es interesarse siempre por el otro”. Esa creo que es la frase más simple, ¿no? Ya que me preguntabas por mi padre, me acuerdo de una anécdota de mi infancia, y creo que ahí empecé a ser de izquierda. Cuando era niña estaba andando en un triciclo y un niño me pidió un plato de comida. Fui adentro, hablé con la cocinera y se lo llevé. Además, yo tenía un billete que me había dado mi padre. No sabía cuánto era, no tenía la menor idea de lo que era el dinero. Partí el billete, me quedé con un pedazo y le di el otro a él. Creo que ese fue un gesto de izquierda.

Es caer siempre del lado....

...De los más flacos.

Como dice Lula, ¿no?

Los ricos tienen suficiente dinero para abastecer sus propias necesidades, adquirir cultura y todo lo demás. El que necesita es el más pobre. El pobre es el otro, es nuestro otro. Aquel al que temes mirar y entender que su vida te importa. Ese es el otro.

En este momento, Argentina vive una situación muy similar a Brasil, quizá no tan dramática porque no hubo un golpe institucional. Mauricio Macri llegó al poder con una mirada conservadora y hay una fuerte persecución a la ex presidenta Cristina Kirchner. ¿Cómo ve ese proceso?

Lo veo como un proceso injusto y muy negativo para América Latina. Porque la presidenta Cristina Kirchner es una de las mujeres más valientes y con mayor preparación que he conocido. Es una persona con una capacidad solidaria inmensa. Considero que muchos gobiernos latinoamericanos le deben a Cristina su éxito, por su capacidad de construir consensos. Sobre todo admiro el liderazgo de Cristina, que fue capaz de construir las condiciones para mejorar la vida de su pueblo. Los gobiernos kirchneristas llegaron a una Argentina en una situación muy precaria, prácticamente en la banca rota y casi sin condiciones para gobernar. Ahí es cuando surge Néstor Kirchner, que estabiliza el país. Posteriormente llegó Cristina, que amplió la capacidad de desarrollo y también creó una política muy fuerte de inclusión social y de igualdad de oportunidades. Yo estuve con ella en varios organismos internacionales, en el G20 por ejemplo, y Cristina siempre defendía posiciones en términos del desarrollo de otros países, sostenía una posición firme contra las intervenciones militares, una posición clara a favor de la paz, una posición muy activa de construir la capacidad de negociación entre los países. Entonces, te voy a decir lo siguiente, creo que la persecución a Cristina es un proceso que juega en contra de Argentina, en contra del pueblo argentino y de sus logros. Tengo una profunda admiración por ella y una gran amistad.